

Ocio:

(Del lat. otium).

- 1.** m. Cesación del trabajo, inacción o total omisión de la actividad.
 - 2.** m. Tiempo libre de una persona.
 - 3.** m. Diversión u ocupación reposada, especialmente en obras de ingenio, porque estas se toman regularmente por descanso de otras tareas.
 - 4.** m. pl. Obras de ingenio que alguien forma en los ratos que le dejan libres sus principales ocupaciones.
- σχολή (Skholé): vagar, tiempo libre, descanso, vacación, ocio, paz, tranquilidad, estudio, escuela, tregua; lentitud, pereza, inactividad, dilación. σχολῆ: ADV: tardía, lentamente; holgadamente, con tiempo; difícilmente, a lo sumo, menos aún.
- NEC OTĪUM < NEGŌTIUM < Negocio (sin ocio).
SINE NEGŌTIUM (Sin dificultad)

¡Necesitamos ocio!

Ser occidental no deja de significar vivir en la locura, porque en nuestra civilización estamos acostumbrados a acomodar los conceptos de las cosas a nuestros intereses. Sirva solo de muestra la distancia entre el humanístico del siglo XV y el capitalismo insaciable de nuestros días. Además, también por interés, somos olvidadizos; así, colocamos cargas positivas o negativas en los significados de las palabras que nos molestan o no nos convienen. *Ocio* es una de esas palabras que ha caído en desgracia. El *ocio* representa un tiempo carente de valor, sin estética, sin crecimiento, porque su negación (*negocio*) le ha robado todo protagonismo y, aquel *ocio* griego que significó estudio y escuela, que representaba el tiempo necesario para que el sabio pensara y construyese su discurso, para que el artista observase y capturase el objeto de su obra —su inspiración—, se ha perdido. Ya nada puede hacerse sin lucro (sin *negocio*). Así, la maldición bíblica, lejos de ser vencida, va cobrando protagonismo día a día. Trabajar, producir, competir y, sobre todo, consumir. Consumir, no como medio para ser felices, sino como objetivo. Y, así, consumiendo, nos vemos abocados a seguir produciendo con nuestro trabajo, a competir para producir más que el otro, a dejar nuestras vidas detrás de esos hilillos de sudor que se escurren sobre nuestras frentes.

Y, sin embargo, el *ocio* nació para ser un tiempo de crecimiento y de liberación; para alimentar nuestro conocimiento, nuestro pensamiento, nuestras emociones, nuestros deseos. El *ocio* es el que nos empuja a compartir, a celebrar, a solidarizarnos en la necesidad y en la desgracia; porque solo desde ese tiempo de *ocio* estamos dispuestos a dar a cada cual lo que le pertenece.

Nos dice el diccionario que la diversión, el *ocio*, es, en el mejor de los casos, el descanso que se toma tras realizar otras tareas. Ya veis. Ya son dos las palabras malditas (diversión y *ocio*). Tendríamos que agregar: felicidad, amor, alegría risa, etc. Pero, entonces, ¿para qué vivimos?

Reivindicamos, pues, los valores positivos del *ocio* como los que la humanidad precisa para evolucionar y para vivir. El trabajo y el negocio serán muy necesarios, pero estamos seguros de que ni fundamentan ni dan sentido a la vida. Hay que tener tiempo para respirar tranquilos, para acometer las tareas imprescindibles “tardía, lentamente; holgadamente, con tiempo; difícilmente, a lo sumo, menos aún”. Sí, sí, menos aún o lo menos posible. Nada puede robarnos el tiempo de nuestra corta vida, porque lo pasado ya no vuelve.

¡Qué locura *anti-moderna* la de nuestra sociedad global! ¡Qué pretensiones feudales las del señor mercado! ¡Ya está bien! ¡Queremos *ocio*! ¡Necesitamos *ocio*! Hay que reinventar el SINE NEC OTIUM. Resulta razonable. Queremos vivir *sin dificultad* y que nos dejen ser felices o, al menos, intentarlo.

Porque amamos la vida: *ocio*. Necesitamos *ocio*.